

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Principal causa

del malestar social

Pueden en algo las instituciones oficiales y las reformas legales corregir el malestar social que nos aqueja, pero remediarlo enteramente nunca lo podrán mientras no se ataque el mal a su raíz, es decir, mientras no se mejoren las costumbres.

Que la corrupción de costumbres es una fuente de perturbaciones sociales, y muy especialmente la causa principal de la prostración de las clases obreras, es una verdad que salta a la vista.

Para mejorar su suerte, las clases proletarias necesitan de la ayuda de los ricos tanto como de su esfuerzo propio. Ahora bien, habiendo corrupción de costumbres ni viene la ayuda ni se produce el esfuerzo. Lo cual es muy fácil de comprender.

Si el rico es vicioso, buscará ante todo su propia satisfacción. Tendrá que darse ahora este gusto, luego este otro, sin nunca colmar sus locos deseos.

Y como las pasiones cuestan mucho dinero y exigen mucho tiempo, será vano esperar del rico vicioso que pase algunas horas en compañía de los humildes y de algún socorro a favor de alguna obra social. Antes bien, si es patrono, procurará sacar de sus operarios el mayor trabajo posible dándoles o menos que se pueda sin consideración alguna por su dignidad o necesidades.

El rico vicioso, cualquiera que sea la ocasión que le domine se torna siempre un egoísta feroz. No le conmueve la miseria del prójimo. No conoce ni visita al pobre. No tiene fuerzas ni vida sino para el ídolo de su pasión.

Nada, pues, o muy poco puede esperar el obrero del rico consumido de vicios. Mas ¿qué será de ese mismo obrero, si no enfrena sus propias pasiones?

Aún con la ayuda de los poderosos el obrero vicioso no logrará mejorar su suerte. ¿Qué será pues de él sino tiene i ayuda ni moral?

Cuando las clases proletarias se entregan al vicio, en vez de progresar degeneran lastimosamente.

Dos peligros principalmente acaban al obrero: el licor y la carne, es decir los dos cuerpos más terribles de la humanidad.

La borrachera y la lujuria roban el honor, la tranquilidad, las fuerzas y la salud.

Mas aún matan la raza y esta consecuencia es la más fatal de todas.

El hombre borracho o impúdico no tiene gusto al trabajo; sus vicios no le dejan ahorrar; su familia, si la tiene, vive en el mayor desorden.

¿Pensáis que un obrero entregado alguno de esos vicios puede acrecentar su patrimonio, hermosear su casa,

comprar algún terreno, asegurar el porvenir de sus hijos? No; aunque se le duplicase su jornal, su casa no estará mejor arreglada ni sus hijos andarán más limpios. Antes, aumentarlo el sueldo será acelerar su ruina.

Los vicios son un abismo sin fondo en que todo se pierde: bienes y honor, familia y patria.

La vida moral y arreglada es por el contrario la fuente de bienestar y de felicidad.

Contra el alcoholismo

1.º El uso de las bebidas alcohólicas es siempre perjudicial, y cuando no son fabricadas a base de alcohol puro, hay que agregar los efectos tóxicos a los industriales.

2.º El alcohol nunca alimenta; es un medicamento cuyo uso sólo puede aconsejar el médico.

3.º El alcoholismo disminuye la resistencia orgánica, debilita al individuo y es causa de ciertas enfermedades terribles.

4.º En tiempo de epidemia, los alcohólicos son los primeros en contraer la enfermedad y los que mueren en mayor número.

5.º El alcoholismo embrutece al individuo, anula su dignidad personal, es causa de perturbaciones en la familia y en la sociedad.

6.º La primera copa repugna, la segunda agrada y la tercera esclaviza.

7.º El alcoholismo engendra vicios, y la criminalidad aumenta en un país a proporción del aumento de las bebidas alcohólicas.

8.º El alcohólico trasmite a su descendencia todas las miserias físicas y morales de su organismo.

9.º Cuando veas a un hombre borracho, compadécete de él. Todo individuo alcoholizado es un enfermo, cuyos sufrimientos tienen fin en un manicomio o en un presidio.

Estudios Sociales

LA IGLESIA Y LA FAMILIA

La familia, dice un célebre escritor de nuestro tiempo, es la segunda alma de la Humanidad; los legisladores la olvidan para pensar en el individuo y en la nación, y prescindir de la familia obrera, único origen de las poblaciones sanas y robustas, santuario de las tradiciones y costumbres en que se comparan todas las virtudes sociales, es prescindir de la única base en lo humano para que pueda subsistir la sociedad.

Pero la familia tiene una constitución que los hombres no pueden alterar, porque es obra del mismo Dios; de modo que esa familia obrera hoy casi disuelta por el socialismo que por las leyes atentatorias de los Estados, ha de hallar su regeneración y su vida en

el seno de la Iglesia, que lleva como bandera de sus conquistas la Cruz redentora, símbolo de todos los sacrificios y abrazo amoroso de todas las clases sociales.

Para que baje el socialismo, y con el socialismo los conflictos sociales, es preciso que suba la familia obrera, y la familia no puede subir sino por las gradas del altar.

MAM TURMANN

El mayor de los crímenes

Aquella tarde, antes de subir a su casa, el peón entró en la portería.

—¿Cómo sigue mi mujer?

—No está mejor... sigue bastante débil... ¡muy débil!... El médico habla de tres meses lo menos...

—¡Tres meses!

El hombre subió, apurado, con solo tres cuartos de hora para comer. El quiere a su mujer, claro está. ¡Sin esto no se hubiera casado con ella!... ¡Pero, con sus quince carretadas diarias no puede verso condenado a comer salchichón todo el año!... ¡y luego su hogar va poniéndose repugnante!... ¡Huele a podrido!... Los chiquillos gritan. ¿Con que era esto el matrimonio de los pobres? Todo color de rosa para cobo... luego un cocido de puré de miseria!...

—¡Buenas tardes!

—¡Buenas tardes, amigo mío!

Desde la puerta el peón ve a su mujer delgada y pálida que le espera apoyada en una almohada.

—Entonces, ¿esto no va bien?

—¡Oh! ¡pob!... Los niños han llorado toda la tarde... Le he mandado subir huevos a la pequeña... ¿Te harás tú mismo la tortilla?...

Y con voz acabada:

—¡No puedo levantarme!... La sartén está aquí, a la izquierda... ¿Nada nuevo en el Metro...?

—Nada. ¿A la izquierda dices?

—Junto a la pared... Si la estás tocando...

El marido pónese a preparar su tortilla; pero no sabe donde están las cosas, el carbón, la leña, la manteca, los huevos... La mujer no le pierde de vista, siguiendo todos sus movimientos, adivinando lo que busca, sufriendo por la torpeza del hombre hecho para el taller y que en la pequeña cocina se ahoga en un vaso de agua.

—Dame la taza, voy a cascarte los huevos...

—¡Ya lo haré solo! ¡No te inquietes!

Un golpe seco en el borde del plato, el pulgar en medio de la yema, como si estos huevos fueran de hierro, la clara escurriéndose por todas partes...

—¡Está mal encendido este fuego!

—¡Acaso yo sé!...

Y la tortilla se extiende perezosa, pesada, de color de franela enfermiza.

—¿Le has puesto sal a lo menos?

—¡No! ¡Pues no se necesita poca cosa para hacer una tortilla! ¡Y qué tortilla! Sólo falta hacer hervir la leche de los niños, lavar la vajilla, barrer, cambiar a la enferma, etc., etc.!

El marido se deja caer sobre una silla, desanimado.

—¿Qué quieres, hija, será preciso resignarte. Estás mal cuidada. Los chiquillos tienen diarrea!... ¡Ya ves tú! Y luego yo no puedo más, frescos estaremos cuando caigamos todos enfermos!

—Entonces... ¿quieres mandarme al hospital?

—¡Así es! Iré a verte los domingos que no trabaje. Y, y dando alguna moneda a la enfermera, quizá no se esté tan mal.

La mujer solloza cubriéndose el rostro. ¡Ella en el hospital! ¡Los niños al asilo! ¡Su marido en el restaurant! ¡Oh! ¡eso es demasiado, demasiado!

Pero un día, ¡qué asombro! volviendo más cansado que nunca, el marido encuentra en casa a una Hermanita.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿De dónde viene ese pajarraco? ¡Ah! ¡De ningún modo! ¡Miseria, sí! Pero miseria y bataría, ¡jamás de la vida! ¡Ya, le diré yo mañana! ¡Oh esta noche, dentro de un momento! Princesas a quienes servir. ¡Muchas gracias!

Y va pensando la frase, algo energética. ¡Con estas mujeres!...

Entretanto, procura arreglar el bebé que llora.

La Hermanita vigila un bifeck que está en las parrillas y se vuelve sobresaltada.

—Espere, hombre, si usted no sabe, ¡le digo que no sabe! Mientras usted come, yo arreglaré eso.

Y con las parrillas en una mano y el bebé en la otra, la Hermanita encuentra a su medio de poner la mesa.

¿Con que es eso una beata?

¡La religiosa que todos los días hace babear de odio a su diario! Una vez en la vida tiene una en carne y hueso, allí ante él. Pues no parece que debe estorbar tanto.

—¿Cómo os llamáis?

—Sor Imelda.

—Yo, Leonardo.

El peón inspecciona. ¡Pues no ha trabajado ella poco esta tarde! ¡Su mujer está lavada, peinada, y!...

—¿Pero eres tú que hueles tan bien?—dice a su mujer.

—Un poco de agua Colonia que me ha dado la Hermana.

Las camas de los niños están blancas, la buhardilla barrida con cuidado; hay flores sobre la cómoda.

—¡Ah! ¡eso está bien!

—¡A la mesa!—dice la religiosa.

—¡Estoy seguro—piensa el peón—de que va a servirme uno de esos gigos de convento! ¡Prepárate!... ¿No coméis, Hermana?

—¿Yo? ¡Bromeáis! ¿Qué tal os parece mi bifeck?